



ISADORA DUNCAN

Mi vida

Isadora Duncan

# Mi vida

Editorial Cenit

ePub r1.2

rayorojo 20.11.2020

Título original: *My life*  
Isadora Duncnan (1929)  
Traducción: Luis Calvo  
Ilustraciones: Peter Tjebbes  
Diseño/Retoque de cubierta: Taller del Sur

Editor digital: rayorojo  
ePub base r1.2

## Introducción

Confieso que me infundió terror la proposición primera de escribir este libro. Y no porque mi vida no haya sido más interesante que cualquier novela ni más azarosa que cualquier película, al punto de que no pudiera servir, en el caso de estar realmente bien escrita, de relato que «hiciera época», sino porque... —y he ahí el busilis— porque había que escribirla.

He necesitado años de lucha, de estudio y de duro, trabajo para aprender un simple gesto; y en cuanto al arte de escribir, conozco lo suficiente para comprender que necesitaría de nuevo otros tantos años de esfuerzo concentrado para redactar una frase bella y sencilla. He pensado muchas veces que un hombre podría llegar él solo al Ecuador, y luchar heroicamente con leones y tigres, y fracasar luego en su tentativa de escribir el relato de lo que vio y vivió. Y, viceversa, otro hombre! que no hubiese salido nunca de su hogar, podría acaso describir la muerte de los tigres en la selva con un arte que transmitiera a sus lectores la sensación de hallarse en el propio lugar de la lucha, compartiendo sus temores e infortunios, percibiendo el hedor de los leones y escuchando el espantoso ruido del crótalo que se acerca. Parece que nada existe sino es en la imaginación, y todas las cosas maravillosas que a mí me han ocurrido pueden perder su sabor si yo no tengo la pluma de un Cervantes o, por lo menos, de un Casanova

Y aún más. ¿Cómo podemos escribir la verdad sobre nosotros mismos? ¿Es que acaso la conocemos? Hay la visión que nuestros amigos tienen de nosotros; la visión que nosotros tenemos de nosotros mismos, y la visión que nuestro amante tiene de nosotros. Hay también la visión de nuestros enemigos. Y todas ellas son diferentes. Poseo una gran experiencia sobre todo esto: muchas mañanas me han servido con el café críticas de periódicos en que se me decía que era un genio y bella como una diosa, y apenas había terminado de sonreír satisfactoriamente, cuando cogía otro periódico y leía que yo no tenía ningún talento, que estaba mal hecha y que era una perfecta arpía.

Tuve que renunciar a leer las críticas de mi trabajo, porque no podía pedir que todas me elogiaran y por que las malas críticas eran demasiado deprimentes y me incitaban al homicidio. Hubo en Berlín un crítico que me abrumaba de insultos. Entre otras cosas decía que yo carecía totalmente de instinto musical. Un día le escribí suplicándole que viniera a verme para convencerlo de su error. Vino, y se sentó conmigo a la mesa de té. Hora y media estuve defendiendo mis teorías acerca del movimiento visual creado por la música. Me di pronto cuenta de que era un hombre bastante prosaico y estólido; pero ¡cuál no sería mi desencanto al ver que sacaba del bolsillo una trompetilla, al tiempo que me confesaba que era completamente sordo y que ni aun con ese aparato podía apenas oír la orquesta, aunque se sentara en la primera fila de butacas! Los juicios de tal hombre me habían hecho perder el sueño muchas veces.

Así, pues, si todos los demás ven en nosotros a una persona diferente, ¿cómo vamos a encontrar en nosotros mismos una nueva persona de quien escribir en este libro? ¿Será de una Virgen María, de una Mesalina, de una Magdalena o de una Marisabidilla? ¿Dónde puedo encontrar a la mujer de todas estas aventuras? Me parece que no es una sola, sino centenares, y que mi alma está muy lejana, sin que ninguna de aquellas aventuras la roce en realidad.

Se ha dicho muy bien que la primera condición para escribir sobre algo es que el escritor no haya vivido el asunto. Si se quiere transcribir con palabras un asunto que se ha vivido efectivamente, las palabras huyen. Los recuerdos son menos tangibles que los sueños. Yo he tenido muchos sueños que hoy me parecen más reales que el recuerdo de hechos efectivos. La vida es un sueño, y tanto mejor que así sea, porque ¿quién podrá sobre vivir a algunas de sus experiencias, al hundimiento del «Lusitania», por ejemplo? Una experiencia como aquélla debería dejar una eterna expresión de terror en la cara de los hombres y mujeres que la vivieron. Y, sin embargo, los vemos sonrientes y felices por todas partes. Tan sólo en las novelas cambian de súbito, radicalmente, los personajes. En la vida real, aun después de las más terribles peripecias, el carácter permanece, en su base, exactamente igual. Ved a esos príncipes rusos que han perdido todo lo que poseían y que, diariamente, acuden de noche a Montmartre, y allí cenan alegremente con las *girls* del coro, lo mismo que antes de la guerra.

Una mujer o un hombre que escribieran la verdad de su vida, escribirían una gran obra. Pero nadie se ha, atrevido a escribir la verdad de su vida. Jean-Jacques Rousseau hizo este supremo sacrificio por la Humanidad: revelar la verdad de su alma, sus acciones y pensamientos más íntimos. El resultado fue un gran libro. Walt Whitman ofrendó su verdad a América. Su libro estuvo algún tiempo prohibido como «libro inmoral», expresión que hoy nos parece absurda. Ninguna mujer ha dicho toda la verdad de su vida. Las autobiografías de las mujeres más famosas constituyen una serie de relatos de su existencia exterior, detalles y anécdotas livianos que no dan ninguna idea de su vida verdadera. Los grandes momentos de gozo o de tristeza quedan en silencio.

Mi Arte es precisamente un esfuerzo que tiende a expresar, en gestos y movimientos, la verdad de mi Ser. He necesitado muchos años para encontrar el más pequeño

movimiento absolutamente verdadero. Las palabras tienen un significado distinto. No he vacilado nunca ante los públicos que se apelotonaban para verme trabajar. Les he dado los impulsos más secretos de mi alma. Desde el primer momento, yo no he hecho sino bailar mi vida. De niña, bailaba el gozo espontáneo de las cosas que crecían. De adolescente, bailaba con un gozo que se transformaba en captación de las primeras sensaciones de trágicas corrientes subterráneas; captación de la brutalidad despiadada y del progreso aplastante de la vida.

Cuando tenía dieciséis años, bailé en público sin música. Al terminar, una voz surgió súbitamente del concurso: «Es la Muerte y la Virgen», dijo, y aquella danza se llamó desde entonces, y para siempre, *La Muerte y la Virgen*. Pero yo no lo había querido: yo había pretendido únicamente expresar mi primer contacto con la tragedia que existe en todas las manifestaciones jubilosas. A mi juicio, aquella danza hubiera debido llamarse *La Vida y la Virgen*.

Más tarde, bailé mi lucha con esta misma vida, que el público había llamado muerte, y mi afán por arrancarle sus goces efímeros.

Nada tan lejano de la verdad efectiva de una persona como el héroe o la heroína de una película o de una novela corrientes. Dotados generalmente de todas las virtudes, les sería imposible cometer una mala acción. Nobleza, valor, fortaleza, etc., etc., son las virtudes del héroe. Pureza, dulzura, etc., las de la heroína. Todas las cualidades mediocres y todos los pecados corresponden al traidor de la fábula y a la «Mala Mujer». Pero ya sabemos que nadie es enteramente bueno ni enteramente malo. Quizá no pequemos contra los diez mandamientos, pero todos somos capaces de pecar. En nosotros alienta el violador de todas las leyes, dispuesto a salir a la superficie a la menor oportunidad. Los hombres virtuosos son sencillamente aquellos que no han sido suficientemente tentados porque viven en un estado vegetativo, o porque sus deseos se hallan tan concentrados

en una sola dirección, que no tienen ocio para mirar a su alrededor.

Una vez vi un film maravilloso. Se llamaba *El rail*. El tema desarrollado era que la vida de los seres humanos es como una máquina lanzada sobre una vía fija. Y si la máquina se sale de la vía o encuentra en su camino un obstáculo insuperable, viene el desastre. Dichosos aquellos conductores que, a la vista de una pendiente pronunciada, no sienten el impulso diabólico de abandonar todos los frenos y de precipitarse a la destrucción.

Algunas veces se me ha preguntado si creía yo que el amor era superior al arte, y he contestado que no podía separarlos, porque el artista es el amante único, el único amante que tiene la pura visión de la belleza, y amor es la visión del alma al contemplar la belleza inmortal.

Una de las personalidades más asombrosas de nuestro tiempo es acaso Gabriele D'Annunzio. Es pequeño y, excepto cuando su rostro se ilumina, no puede decirse que sea hermoso. Pero si habla a una mujer a quien ama, se transforma hasta semejarle al mismo Phoebus Apolo. D'Annunzio ha logrado el amor de algunas de las más grandes y bellas mujeres de su tiempo. Cuando ama a una mujer, eleva su espíritu por encima de esta tierra y escala la región divina donde Beatriz alienta y resplandece. Y a su vez, transforma a la mujer, haciéndola partícipe de la esencia divina, y la eleva tan alto que ella se cree la misma Beatriz cantada por el Dante en estrofas inmortales. Hubo un tiempo, en París, en que el culto de D'Annunzio alcanzó tal magnitud, que era amado por todas las más famosas bellezas. En aquella época ponía, por turno, un velo de luz a cada favorita. Y ella se alzaba sobre la cabeza de los mortales y paseaba rodeada de una extraña claridad. Pero cuando terminaba el capricho del poeta, este velo de luz desaparecía, la claridad se eclipsaba y la mujer volvía a la arcilla común. Ella no comprendía lo que le ocurría, pero tenía conciencia de un súbito descenso a la tierra, y al volver la mirada hacia



su ser transformado cuando D'Annunzio la adoraba, percibía que nunca más en su vida volvería a encontrar a este genio del amor. Lamentando su suerte, cada vez crecía más su desolación, hasta que alguien, al verla, exclamaba: «¿Cómo pudo D'Annunzio amar a esta mujer superficial de los ojos morados?». Tan gran amador era D'Annunzio, que podía transformar a la mortal más ordinaria en una apariencia momentánea de ser celestial.

En toda la vida del poeta, una mujer tan sólo se resistió a esta prueba. Era la reencarnación misma de la divina Beatriz, y sobre ella no necesitó D'Annunzio arrojar su velo. Porque yo he creído siempre que Eleonora Duse era la Beatriz efectiva del Dante, reencarnada en nuestros días, y por eso, ante ella, D'Annunzio no podía sino hincar en tierra sus rodillas para adorarla. Fue la única experiencia beatífica de su vida. En las otras mujeres encontraba la materia que él mismo les transmitía; únicamente Eleonora se elevó sobre él, revelándole la inspiración divina.

¡Qué poca gente conoce el poder del halago sutil! Oírse alabar con esa magia peculiar a D'Annunzio es —yo creo— algo semejante a la sensación de Eva cuando oía la voz de la serpiente en el Paraíso. D'Annunzio podía hacer creer a una mujer que ella era el centro del Universo.

Recuerdo un maravilloso paseo que di con él en el Forét. Nos detuvimos, y se hizo el silencio. Entonces D'Annunzio exclamó: «¡Oh, Isadora, únicamente con usted es posible estar solo en la Naturaleza! Todas las demás mujeres destruyen el paisaje; usted es la única que se convierte en una parte de él. (¿Podía una mujer resistir a tal homenaje?) «Usted forma parte de los árboles y del cielo; es usted la diosa dominante de la Naturaleza».

Así era el genio de D' Annunzio. Daba a cada mujer la sensación de que era la diosa de un dominio diferente.

Tendida aquí en mi lecho, en el Negresco, quiero analizar eso que llaman *Memorias*. Siento el calor del sol del Mediodía. Oigo las voces de los niños que juegan en el

parque vecino. Barrunto el calor de mi propio cuerpo. Dirijo la mirada hacia mis piernas desnudas, mientras las estiro; hacia la dulzura de mis senos; hacia mis brazos, que nunca están quietos, sino que flotan en suaves ondulaciones, y me doy cuenta de que estoy cansada desde hace doce años. Este pecho encierra un dolor incurable; estas manos que aquí tengo delante están marcadas por la tristeza, y cuando estoy sola, estos ojos tienen una rara sequedad. Las lágrimas han brotado durante doce años, a partir del día —hace doce años— en que, tendida en otro lecho, fui repentinamente despertada por un gran alarido, y en que, al volverme, vi a L. que gritaba, como un hombre herido : «Los niños han muerto».

Recuerdo que el grito me produjo un extraño malestar y que sentí en mi garganta un fuego como si me hubiera tragado algunos carbones encendidos. Pero no podía comprender aquello. Le hablé en voz baja; intenté calmarlo; le dije que no podía ser verdad. Llegaron más personas, y yo continuaba sin comprender lo que había sucedido. Entonces entró un hombre de barba negra. Era el doctor. «No es verdad —dijo—; yo los salvaré».

Le creí. Quise acompañarle, pero los amigos me lo impidieron. Luego supe que no me dejaron salir por que no había esperanza. Temían que la impresión me produjera alguna enfermedad; me hallaba en un estado de gran exaltación. Todos lloraban a mi alrededor, pero yo no podía llorar. Por el contrario, sentía un inmenso deseo de consolar a todos. Hoy, al mirar hacia el pasado, no puedo comprender mi extraña situación espiritual de aquel momento. ¿No sería que logré un estado tal de clarividencia que comprendí enseguida que la muerte no existe, y que aquellas dos pequeñas imágenes de cera no eran mis hijos, sino únicamente los vestidos de mis hijos, y que mis hijos vivían y vivirían eternamente? Dos veces lanza la madre ese grito que parece ajeno a ella misma: al alumbrar y al perder al hijo; cuando sentí el roce de aquellas dos pequeñas manos frías que

ya nunca volverían a estrecharme, escuché mi grito —el mismo grito que escuché cuando nacieron. ¿Por qué el mismo, siendo el uno grito de suprema alegría y el otro de suprema tristeza? No sé por qué, pero sé que era el mismo. ¿No será que en todo el Universo no hay más que un solo Gran Grito, que expresa la Angustia, la Alegría, el Éxtasis y el Dolor: el Grito de Creación de la Madre?

## CAPÍTULO I

El carácter de un niño está ya en su plenitud en el seno de la madre. Antes de que yo naciera, mi madre sufría una gran crisis espiritual; su situación era trágica. No podía tomar ningún alimento, excepto ostras y champaña helados. Si se me preguntara cuándo empecé a bailar, contestaría: «En el seno de mi madre, probablemente por efecto de las ostras y del champaña el alimento de Afrodita».

Mi madre estaba en aquellos tiempos soportando una experiencia tan trágica, que solía decir con frecuencia: «Este niño que va a nacer no será normal», y esperaba a un monstruo. Y, de hecho, desde el momento de mi natalicio, parece que empecé a agitar brazos y piernas con tal frenesí, que mi madre exclamó: «Ya veis que tenía razón: esta niña es maniática». Pero más tarde, colocada con mis andadores en el centro de la mesa, era el divertimento de toda la familia y de los amigos, y quería bailar todas las músicas que se tocaban.

Mi primera memoria es de un fuego. Recuerdo que fui lanzada a los brazos de un *policeman* desde lo alto de una ventana. Debía de tener entonces dos o tres años, pero recuerdo distintamente la sensación de seguridad que, en medio de toda aquella excitación —gritos y llamas—, tuve al rodear con mis bracitos el cuello del *policeman*. Debía de ser un irlandés. Oigo aún gritar a mi madre con frenesí: «¡Hijos míos, hijos míos!», y la veo contenida por la multitud, que le impedía penetrar en la casa, donde creía ella

que quedaban mis dos hermanos. Después recuerdo que encontramos a los dos muchachos sentados en el suelo de una tienda, poniéndose sus calcetines y zapatos. Recuerdo también que subimos a un carruaje y que, finalmente, nos sentamos en un sitio a tomar chocolate hirviendo.

Nací a la orilla del mar, y he advertido que todos los grandes acontecimientos de mi vida han ocurrido junto al mar. Mi primera idea del movimiento y de la danza me ha venido seguramente del ritmo de las olas. Nací bajo la estrella de Afrodita-Afrodita, que nació también del mar. Cuando su estrella está en ascensión, me sucede siempre algo agradable. En estos períodos, la vida se me hace más ligera, y me siento capaz de crear. He comprobado que la desaparición de la estrella de Venus va unida a sucesos que me son desagradables. La ciencia astrológica no tiene hoy quizá la importancia que tuvo en tiempos de los antiguos egipcios y caldeos; pero no hay duda que nuestra vida psíquica está bajo la influencia de los planetas, y si los padres lo comprendieran así, estudiarían la rotación de las estrellas para crear hijos más hermosos.

Creo también que existe una gran diferencia en la vida de un niño, según nazca junto al mar o en las montañas. El mar siempre me ha atraído, en tanto que las montañas me infunden un sentimiento de malestar y un deseo de huir: me dan la sensación de que soy prisionera de la tierra. Cuando dirijo mi vista a las cimas, no siento la admiración del turista corriente, sino que deseo brincar sobre ellas y escapar. Mi vida y mi arte nacieron del mar.

Tengo que estar agradecida al hecho de que, siendo yo joven, fuera pobre mi madre. No podía tener sirvientes ni ayas para sus hijos, y a esto debo la vida espontánea que pude expresar siendo niña, y que no he perdido nunca. Mi madre enseñaba música para ganarse la vida, y como daba sus lecciones a domicilio, estaba fuera de casa todo el día y muchas horas de la noche. Cuando podía escaparme de la prisión de la escuela, era libre; podía vagar sola, a la orilla

del mar, y seguir mi fantasía. ¡Qué lástima me dan los niños seguidos constantemente por sus ayas, constantemente protegidos, cuidados y vestidos con elegancia! ¿Qué vida es la suya? Mi madre estaba muy atareada para pensar en los peligros que pudieran sobrevenir a sus hijos, y por eso mis dos hermanos y yo podíamos libremente seguir nuestros impulsos vagabundos. Por fortuna, mi madre era deliciosamente descuidada. Digo «por fortuna» porque a esta vida salvaje y sin obstáculos de mi niñez debo la inspiración de la danza que he creado y que no es sino la expresión de la libertad. Nunca estuve sujeta a esos continuos «niña, no hay que hacer esto ni lo otro», que hacen miserable la vida de la infancia.

A la edad de cinco años fui a la escuela pública. Me parece que mi madre prevaricó sobre mi edad. Era necesario encontrar un sitio donde dejarme. Creo que lo que uno está llamado a hacer en su vida es claramente expresado en la infancia. Yo era ya una bailarina y una revolucionaria. Mi madre, que había sido bautizada y educada por una familia católica irlandesa, fue una católica devota hasta el momento en que descubrió que mi padre no era el modelo de perfección que ella había creído siempre. Se divorció y abandonó el hogar con sus cuatro hijos, cara a la vida. Desde entonces su fe en la religión católica se convirtió violentamente en un ateísmo definido. Y se hizo adepta de Bob Ingersholl, cuyos libros solía leernos.

Entre otras cosas decidió que todo sentimentalismo carece de sentido, y siendo yo una niña todavía, nos reveló el secreto de los Reyes Magos. El resultado fue que, cuando, por Pascuas, estaba la maestra repartiéndonos bombones y pasteles, con la frase: «Mirad, niñas, lo que os han traído los Reyes», yo me levanté y exclamé solemnemente: «No le creo a usted. Los Reyes no existen». La maestra quedó muy descontenta, y dijo: «Los bombones son únicamente para las niñas que creen en los Reyes». «Entonces contesté yo no quiero sus bombones». La maestra montó torpemente

en cólera y, para hacer un ejemplo conmigo, me ordenó que me acercara y me sentara en el suelo. Me acerqué y, volviéndome a la clase, pronuncié el primero de mis famosos discursos. «Yo no creo mentiras», grité. «Mi madre me ha dicho que era muy pobre para fingir la historia de los Reyes; únicamente las madres ricas pueden aspirar a ser Reyes Magos y hacer regalos a sus hijos».

En esto, la profesora me cogió por un brazo y quiso obligarme a sentarme en el suelo. Entonces yo encogí mis piernas y me agarré con tal fuerza a la profesora que no pude conseguir otra cosa que golpear con mis talones el entarimado. Después de este fracaso, me envió a un rincón, para que quedara allí mirando a la pared. Así lo hice, pero, de vez en cuando, volvía la cabeza y exclamaba: «No son los Reyes; no son los Reyes», hasta que, finalmente, se vio obligada a enviarme a casa. Por el camino, yo no dejaba de gritar: «No son los Reyes», y nunca he podido comprender la injusticia con que había sido tratada, privada de bombones y castigada por decir la verdad. Cuando conté luego el caso a mi madre, diciéndole: ¿No tenía yo razón? ¿No es verdad que no existen los Reyes?», ella contestó: «No hay Reyes Magos; no hay Dios; no hay nada más que tu propio espíritu para que te ayude». Y aquella noche, según me senté, en cuclillas, a sus pies, mi madre nos dio a todos una lectura de Bob Ingersholl.

Creo que la educación general que el chico recibe en la escuela es absolutamente inútil. Recuerdo que en la escuela se me consideraba como una chica asombrosamente lista, y a la cabeza de toda la clase, o como una estúpida sin remedio, en el último extremo de la cola. Todo dependía de un poco de memoria y de si yo me tomaba o no el trabajo de aprender a repetir los temas que se nos indicaba. Pero nunca tenía la menor idea de lo que aquello significaba. Estuviera a la cabeza o a la cola de la clase, el tiempo transcurría muy lentamente y yo no dejaba de mirar al reloj hasta que sonaban las tres y nos sentíamos en libertad. Mi